

blicaba por todas partes que yo era una actriz inimitable. Este buen nombre hizo que los comediantes de Granada me escribiesen convidándome con una plaza en su compañía; y para darme á conocer que la proposicion no era despreciable me enviaron un estado de sus últimos diarios y de sus rentas, por el qual me pareció que era un partido ventajoso; así lo acepté, aunque en el fondo de mi corazon sentia dexar á Fenicia y Dorotea, á quienes amaba tanto quanto una muger es capaz de amar á otra. A la primera dexé en Sevilla ocupada en derretir la vaxilla de un platerillo, que por vanidad queria tener por cortejo á una comediante. Se me ha olvidado decirte que al hacerme cómica mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela, y con esto salí para Granada.

Allí principié mi exercicio con tanta felicidad como en Sevilla, é inmediatamente me ví rodeada de amantes; pero como no queria hacer favor sino á quien me diese buenas esperanzas, me porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo temiendo pagar la pena de una conducta que á nada conducia, y que no me era natural, pensaba declararme por un Oydor jóven, de nacimiento plebeyo, quien por razon del empleo, de una buena mesa y equipage hacia el papel de señor, quando ví la primera vez al Marques de Marialva.

Este señor Portugues, que viajaba en España por curiosidad, al pasar por Granada vino á

á la comedia, y justamente no salí aquel dia. Miró con mucha atencion las actrices que se presentaron, encontró una que le agradó, y desde el dia siguiente empezó á tratar con ella. Estaban ya para ajustarse quando me presenté en el teatro. Mi presencia y mis monadas volvieron prontamente la veleta. Ya mi Portugues solo pensó en mí, y á decir verdad, como no ignoraba que mi compañera habia agrado á este señor, procuré desbancarla, y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha aborrecido; pero esto poco importa. Debiera saber que es natural entre las mugeres esta ambicion, y que las mas íntimas amigas no hacen escrúpulo de ella.

CAPITULO VIII.

Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los cómicos de Granada; y de la persona á quien reconoció en el vestuario.

En el mismo momento que Laura acababa de contar su historia, llegó una comediante vieja, vecina suya, que venia á sacarla para ir á la comedia. Esta venerable heroina de teatro hubiera sido excelente para hacer el papel de la Diosa Cotis. Mi hermana no dexó de pre-

62 *Las Aventuras de Gil Blas.*

presentar el hermano á esta figura añeja, y sobre esto hubo grandes cumplimientos de ámbas partes.

Las dexé solas diciendo á la viuda del mayordomo que iria á buscarla al teatro luego que hubiera hecho llevar mi ropa á casa del Marques, cuya habitacion me enseñó ella. Fuí inmediatamente al quarto que habia alquilado, pagué á mi huésped, di á un hombre mi valija, y fuí con él á una gran posada en donde estaba alojado mi amo. En la puerta encontré á su mayordomo, que me preguntó si era yo el hermano de la señora Estela. Respondíle que sí, y me dixo, pues sea Vmd. muy bien venido, caballero. El Marques de Marialva, de quien tengo el honor de ser mayordomo, me ha mandado que os reciba con todo agasajo: se le ha preparado á Vmd. un quarto; si Vmd. gusta, yo se lo mostraré. Me subió á lo último de la casa, y me entró en un aposento tan pequeño que solo cabia una cama muy estrecha, un armario y dos sillas; tal era mi habitacion. Vmd. no estará aquí muy á sus anchuras, me dixo mi conductor, pero en recompensa prometo á Vmd. que en Lisboa estará soberviamente alojado. Encerré mi valija en el armario, del qual quité la llave, y pregunté por la hora en que se cenaba. Me respondieron que el señor cenaba comunmente fuera, y que daba á cada criado cierta suma al mes para su mantenimiento. Hice algunas otras preguntas, y co-

no-

Lib. VII. Cap. VIII. 63

nocí que los criados del Marques eran unos holgazanes afortunados. Al cabo de una corta conversacion dexé al mayordomo, y fuí á buscar á Laura, ocupado agradablemente con los presagios de mi nuevo acomodo.

Luego que llegué á la puerta de la casa de comedias, y dixe ser hermano de Estela, todo se me franqueó. Hubierais visto los guardas precipitarse para darme paso, como si yo fuera uno de los mas grandes señores de Granada. Los cobradores que encontré en el camino me hicieron mil profundas reverencias. Pero lo que yo quisiera poder pintar bien al lector es el recibimiento que con una seriedad cómica se me hizo en el vestuario, en donde encontré toda la compañía vestida ya, y dispuesta para principiar. Los comediantes y comediantas, á quienes Laura me presentó, cargaron sobre mí. Los hombres me agoviaron con abrazos, y las mugeres en seguida aplicando sus rostros pintados sobre el mio lo llenaron de arrebol y blanquete. Todos querian ser los primeros para cumplimentarme, y todos me hablaban á un tiempo. A mí me era imposible responderles, pero la hermana vino á mi socorro, y como su lengua estaba exercitada, á nadie hice falta.

No pararon los cumplimientos en los actores y actrices: fue preciso sufrir los del tramoyista, violinistas, apuntador, despavilador y sotadespavilador; en fin de todos los criados

dos del teatro, que al ruido de mi llegada corrieron á registrarme; no parecia sino que estas gentes eran todas de la inclusa, que no habian visto jamas hermanos.

Entretanto se dió principio á la comedia, y algunos caballeros que estaban en los vestuarios se retiraron para tomar sus asientos, y yo, como de casa, continué en conversacion con los actores que no estaban de exercicio. Entre estos habia uno á quien llamaron y oí le nombraban Melchor. Este nombre me chocó; y habiendo mirado atentamente la persona á quien se le daba, me pareció que le habia visto en alguna parte. Al fin me acordé de él, y ví que era Melchor Zapata, aquel pobre comediante de la legua, que como dixé en el primer volumen de esta historia, mojaba las cortezas de pan en una fuente.

Al instante le aparté á un lado, y le dixé: si no me engaño, Vmd. es el señor Melchor con quien tuve la honra de almorzar un día á la orilla de una clara fuente que hay entre Valladolid y Segovia. Vmd. se acordará que entónces iba yo con un mancebo de barbero, y que juntamos algunas provisiones que llevábamos con las de Vmd. y compusimos entre los tres una comida escasa, que se sazónó con mil discursos agradables. Zapata se puso como pensativo por algunos instantes, y despues me respondió: Vmd. me habla de una cosa de que sin dificultad hago memoria. Entónces venia de
Ma-

Madrid, en donde habia tenido mis pruebas, y volvía á Zamora. Tambien me acuerdo que mis negocios estaban en muy mala positura. Y yo por estas señas, le dixé, hago memoria que Vmd. llevaba un jubon aforrado con carteles de comedias. Tampoco he olvidado que Vmd. se quejaba en aquel tiempo de que tenia una muger muy beata. ¡O! por lo que hace á eso ya no me queixo, dixo Zapata con precipitacion: vive Dios que la comadre se ha corregido en esto, y así mi jubon va mejor forrado.

Quando iba á darle la enhorabuena de tan feliz mudanza tuvo la precision de dexarme para salir á las tablas. Con el deseo de conocerla me acerqué á un comediante, y le supliqué me la mostrase; lo que hizo diciendo: vea Vmd. ahí á Narcisa, que si se exceptúa á la hermana de Vmd. es la mas hermosa de nuestras damas. Pensé que esta actriz debia ser aquella por quien se habia declarado el Marques de Marialva antes de haber visto á su Estela, y mi conjetura no salió errada. Acabada la comedia llevé á Laura á su casa en donde ví muchos cocineros que preparaban una gran cena. Aquí puedes cenar, me dixo ella. Nada menos que eso, la respondí; el Marques quizá gustará de estar solo contigo. Te engañas, respondió: ahora vendrá con dos de sus amigos, y uno de nuestros compañeros; y si tú quieres serás el sexto en nuestra mesa. Bien sabes que en casa de las cómicas los secretarios

rios tienen privilegio de comer con sus amos. Es verdad, la dixé; pero todavía no es tiempo de contarme entre los secretarios favoritos: para obtener este empleo honorífico debo antes ocuparme en alguna comision de confianza. Diciendo esto dexé á Laura, y fui á mi hostería, á donde hice cuenta de comer todos los dias, porque mi amo no tenia casa.

CAPITULO IX.

Del hombre extraordinario con quien cenó aquella noche, y de lo que pasó entre ellos.

Advertí cenaba solo en un rincon de la sala un viejo vestido de paño pardo, que parecia monje, y por curiosidad me senté en frente de él; le saludé muy cortesmente, y correspondió del mismo modo: traxeron mi pitanza, que principié á despachar con mucho apetito, y mientras comia sin decir una palabra, le miraba frecuentemente; pero siempre le hallé puestos sus ojos en mí. Fatigado de su afan en mirarme, le hablé en estos términos: Padre, segun el cuidado con que Vmd. me mira, yo debo no serle desconocido: dígame Vmd. si nos hemos visto en otra parte.

Con mucha gravedad me respondió: os miro con esta atencion para admirar la prodigiosa

variedad de aventuras que están grabadas en los rasgos de vuestro rostro. A lo que veo, le dixé con un ayre burlon, Vuestra Reverencia sabe la metoposcopia. Bien podria lisonjearme de poseerla, dixo el monje, y de haber pronosticado cosas que no ha desmentido el tiempo; tambien sé la chíromancia, atreviéndome á decir que mis oráculos son infalibles quando he confrontado la inspeccion de la mano con la del rostro.

Aunque este viejo tuviese la apariencia de un hombre virtuoso me pareció tan loco que no pude dexar de reirme; pero en lugar de ofenderse de mi impolítica se sonrió; y despues de haber registrado bien la sala, y haberse asegurado de que nadie nos oía, continuó hablando de esta manera: No me espanto de veros opuesto á estas dos ciencias que en el dia pasan por tan frívolas; el largo y penoso estudio que requieren desanima á todos los sabios, que despechados de no haberlas podido adquirir las renuncian, y desacreditan; por lo que hace á mí no me ha acobardado su obscuridad, ni tampoco las dificultades que se suceden sin cesar en la indagacion de los secretos chímicos, y en el arte maravilloso de transmutar los metales en oro.

Pero no pienso, prosiguió habiendo tomado nuevo aliento, que hablo á un jóven á quien mis discursos deban parecer sueños. Una ligera prueba de mi habilidad os hará juzgar mejor de

de mí, que todo lo que podria deciros. Diciendo esto sacó de su bolsillo una vasixa llena de un licor roxo. Despues me dixo: vea Vmd. aqui una elixír que he compuesto esta mañana del jugo de ciertas plantas sacado por alambique, porque á imitacion de Demócrito he empleado casi toda mi vida en saber las propiedades de los simples y de los minerales. Vmd. va á probar su virtud. Bien vé Vmd. que el vino que bebémos es muy malo; pues se ha de hacer excelente. Al mismo tiempo echó dos gotas de su elixír en mi botella, con las que mi vino se volvió mas delicioso que los mejores que se beben en España.

Todo lo maravilloso sorprehende, y una vez preocupado el entendimiento ya no hay juicio. Pasmado de ver un secreto tan bueno, y persuadido á que era menester ser poco menos que diablo para haberlo encontrado, exclamé lleno de admiracion: ¡O, padre mio! perdóneme Vmd. por Dios, si le he tenido por un viejo loco. Ahora le hago á Vmd. justicia; esto me basta para estar asegurado de que si quiere puede hacer en un instante de una barra de hierro una de oro. ¡Qué dichoso fuera yo si poseyera esta admirable ciencia! El Cielo os libre de ella, interrumpió el viejo con un profundo suspiro! Tú no sabes, hijo mio, lo que deseas. En lugar de enviarme tenme lástima, pues yo mismo he trabajado tanto para hacerme infeliz. Siempre vivo inquieto, temo ser des-

descubierto, y que una prision perpetua sea el premio de todos mis trabajos. Con este temor paso una vida errante, tan presto disfrazado en sacerdote ó monge, como en caballero ó paisano. Mira, pues, si será ventajoso el saber hacer oro á este precio. Y sobre todo, ¿las riquezas no son un verdadero suplicio para aquellos que las poseen tranquilamente?

Este discurso me parece muy sensato, dixé entonces al filósofo. Nada iguala al gusto de vivir en reposo; Vmd. me hace despreciar la piedra filosofal. Por mi parte resolví unirme al Marques mas que á ninguno de los otros amos. Con esta resolucion me retiré á nuestra posada.



CAPITULO X.

*De la comision que el Marques de
Marialva dió á Gil Blas; y cómo
la evacuó este fiel Secretario.*

Todavía no había venido el Marques de casa de su comedianta; pero en su aposento encontré los ayudas de cámara que jugaban á la primera esperando su venida. Me introduxe con ellos, y nos entretuvimos riendo hasta las dos de la madrugada, que llegó nuestro amo. Sorprendióse un poco al verme, y me dixo con una afabilidad que daba á entender volvía contento de su visita: ¿Gil Blas, por qué no te has acostado? Yo le respondí que quería saber antes si tenia alguna cosa que mandarme. Puede ser, dixo, te encargue por la mañana un negocio, y entonces recibirás mis órdenes. Vé á reposar, y sabe que te dispenso de esperarme, me bastan los ayudas de cámara. Despues de esta advertencia, que no dexó de agradarme, pues me excusaba la sujecion que algunas veces hubiera sufrido con disgusto, dexé al Marques en su aposento, y me retiré á mi guardilla. Me acosté, pero no habiendo podido dormir seguí el consejo de Pitágoras, de traer á la memoria por la noche lo que hemos hecho en el dia

pa-

para aplaudir nuestras buenas acciones, ó vituperar las malas.

Mi conciencia no estaba tan limpia que dexase de remorderme haber apoyado la impostura de Laura. Por mas que yo dixera para excusarme que no habia podido decentemente desmentir á una moza que no habia tenido otra mira que la de hacerme bien; y que en algun modo me habia visto en la necesidad de ser cómplice de la supercheria, poco satisfecho de esta excusa yo mismo me respondia que no debia llevar tan adelante el engaño, y que debia ser muy atrevido para querer vivir con un señor cuya confianza pagaba tan mal. En fin despues de un exámen severo convine en que si no era un bribon me faltaba poco.

Habiendo pasado de aquí á las consecuencias reflexioné que no era juego de niños el enganar á un hombre de condicion, quiera por mis pecados acaso tardaria muy poco en descubrir la trampa. Una reflexion tan juiciosa aterró algun tanto mi espíritu; pero bien presto se disipó mi temor con las ideas del gusto y del interes; además de que para asegurarme bastaba la profecía del hombre del elixir. A esto se siguió hacer cuentas muy alegres calculando la suma á que ascenderian mis salarios en diez años de servicio; á esto añadí las gratificaciones que debería recibir de mi amo, y midiéndolas por su humor liberal, ó mas bien segun mis deseos la intemperancia de mi imagi-

na-

nacion no ponía límites á mi fortuna. Tanta felicidad me traxo poco á poco el sueño, y me dormí edificando castillos en el ayre.

Por la mañana me levanté á las nueve, y fuí á recibir las órdenes de mi patron; pero al abrir la puerta para salir me admiré de verle venir en bata y gorro. Estaba solo, y me dixo: Gil Blas, al despedirme de tu hermana anoche la ofrecí pasar allá esta mañana, pero me es imposible cumplirlo, porque un negocio de entidad no me lo permite. Vé y díla de mi parte quanto me ha mortificado este contratiempo, y asegurala que sin embargo cenaré con ella. Pero no pára en esto tu comision, añadió, alargándome una bolsa con una caxita de zapa, guardada de piedras; llévala mi retrato, y toma para tí esta bolsa, en donde van cinquenta doblones, que te doy para prueba de la estimacion que te tengo ya. Con una mano tomé el retrato, y con la otra la bolsa tan poco merecida; fuí corriendo á casa de Laura, y transportado de alegría iba diciendo: bueno, bueno, la prediccion se cumple visiblemente. ¡Qué fortuna es ser hermano de una moza bella y galante! ¡Qué lástima que honra y provecho no quepan en un saco!

Laura madrugaba contra la costumbre de las personas de su profesion. La hallé en el tocador, en donde esperando su Portugues procuraba añadir á su hermosura natural todos los auxilios que el arte de las majas podia prestarle.

le. Amable Estela, la dixé al entrar, imán de los estrangeros, ya puedo comer con mi amo, pues me ha honrado con una comision que me dá esta prerogativa, la qual voy á evacuar. Dice que no puede tener el gusto de visitarte esta mañana, como lo habia pensado; pero para consolarte cenará esta noche contigo; te envía su retrato, con lo que me parece quedarás algo mas consolada.

La dí la caja, cuyos brillantes alegraron infinitamente su vista. La abrió, observó la pintura de puro cumplimiento, cerróla, y se puso con sosiego á considerar los diamantes. Celebró su hermosura, y me dixo con sonrisa: vé aquí unas copias que las cómicas aman mucho mas que los originales. Díxele: el generoso Portugues al darme el retrato me regaló cinquenta doblones. Me alegro infinito, me dixo ella. Este señor principia por donde rara vez acaban otros. A tí es, mi querida, á quien debo este regalo, le respondí, la fraternidad es la que únicamente á excitado al Marques. Yo quisiera hiciera otro tanto todos los dias: no puedo ponderarte quanto te amo. Desde el primer instante que te ví te amé tan estrechamente que el tiempo no ha podido romper esta union. Quando te perdí en Madrid no perdí las esperanzas de recobrarte, y ayer al verte te recibí como un hombre que volvía á su centro. En una palabra, amigo mio, el Cielo nos ha destinado para vivir juntos: tu has de

ser mi marido; pero antes es menester enriquecernos. La prudencia exige que comencemos sobre este pié. Todavía quiero tener tres ó quatro cortejos para que te establezcas cómodamente.

Le dí las gracias por su cuidado, é insensiblemente nos fuimos metiendo en una conversacion que duró hasta el mediodia. A esta ahora me retiré para dar cuenta á mi amo del modo con que se habia recibido su regalo. Aunque Laura no me habia dado sus instrucciones sobre este punto, compuse en el camino una buena arenga para cumplimentarle de su parte; pero fué tiempo perdido, porque quando llegué á la posada se me dixo que el Marques acababa de salir, y estaba decidido que no volveria á verle mas, como se leerá en el capítulo siguiente.



CA-

CAPITULO XI.

De la noticia que tuvo Gil Blas, y del golpe terrible que recibió con ella.

Me fuí á mi hosteria, en donde encontré dos hombres, con quienes comí, y con cuya agradable conversacion me entretuve en la mesa hasta la hora de la comedia, que nos separamos, ellos para ir á sus negocios, y yo para tomar el camino del teatro. Hemos de advertir de paso que yo tenia motivo para estar de buen humor: la alegría habia reynado en nuestra conversacion: la fortuna se me mostraba propicia, y sin embargo sentia cierta tristeza que no estaba en mi mano evitar. Habiendo entrado en el vestuario se acercó á mí Melchor Zapata, y me dixo en secreto que le siguiera. Me llevó á un sitio excusado, y me tuvo este discurso: señor mio, me parece que estoy obligado á dar á Vmd. un aviso muy importante. Ya sabe Vmd. que el Marques de Marialva se enamoró primeramente de Narcisa mi esposa. Ya habia elegido dia para venir á picar en mi cebo, quando la artificiosa Estela encontró medio de romper la partida y llevarse á su casa al señor Portugues. Bien conoce Vmd. que una comediante no pierde tan buena presa sin desecho. Mi muger lle-

2

va

va siempre en su corazón este resentimiento, y todo lo emprenderá para vengarse; siendo lo peor que se le ha venido á las manos una bella ocasión. Ayer, si Vmd. hace memoria, todos nuestros criados acudieron á verle. El sotadespavilador dixo á algunas personas de la compañía que conocia á Vmd., y que de ningún modo era hermano de Estela.

Este rumor, añadió Melchor, ha llegado á oídos de Narcisa, que no ha dexado de preguntarlo al autor, y éste lo ha confirmado. Dice que conoció á Vmd. criado de Arsenia quando Estela con el nombre de Laura la servía en Madrid. Mi esposa que está contentísima con este descubrimiento, hará saber de él al Marques, que debe venir esta tarde á la comedia. Camine Vmd. en esta inteligencia, y si no es en realidad hermano de Estela, le aconsejo como amigo, y por nuestro antiguo conocimiento se ponga en seguridad. Narcisa, que no pide mas que una víctima, me ha permitido que se lo advierta para que evite con una pronta fuga qualquier accidente funesto.

No necesité saber mas; dí gracias por su advertencia al histrion, quien conoció muy bien por mi susto que yo no pensaba en desmentir al sotadespavilador. Como en efecto no me hallaba con humor de pasar adelante en la desvergüenza, aun no pensé en despedirme de Laura remiendo no quisiese obligarme á que siguiera con descaro; ella siendo tan buena comedianta

po-

podría salir con facilidad de este mal paso; pero á mí me amenazaba un castigo infalible, y no estaba tan enamorado que quisiese despreciarlo. En nada pensé sino en salvarme con mis dioses penates, es decir con mi ropa: en un abrir y cerrar de ojos me desaparecí de la casa de comedias, en un momento hice sacar y transportar mi maleta en casa de un ordinario que el día siguiente á las tres de la mañana habia de salir para Toledo. Hubiera querido estar en la hora con el Conde de Polan, cuya casa me parecia mi único asilo; pero no hallándome en ella, me tenia muy inquieto la idea del tiempo que debia permanecer en una ciudad en donde temia me buscasen desde la misma noche.

A pesar de mi turbación, semejante á la de un deudor que sabe le persiguen los alguaciles, no dexé de ir á cenar á mi hostería; pero lo que tomé en aquella noche no creo hiciese en mi estómago un excelente chilo. El miedo me hacia examinar todas las personas que entraban en la sala; y temblaba siempre que por mi desdicha llegaban algunas gentes de mala cara, cosa que no es rara en estos sitios. Despues de haber cenado con estas inquietudes me levanté de la mesa, y volví á casa del ordinario, en donde me acosté sobre un gergon hasta la hora de partir.

Puedo asegurar que durante la noche exercité bien mi paciencia. Vinieron á asaltarla mil pensamientos desagradables; si algun instante dormitaba, se me representaba el Marques furioso

rio

rioso lastimando con golpes el hermoso rostro de Laura, y destrozando todo lo que habia en su casa; ó ya le oía mandar á sus criados que me matáran á palos. Despertaba sobresaltado, y quando es tan dulce el despertar despues de un sueño terrible, para mí fue mas cruel que el mismo sueño.

El ordinario me sacó de este cuidado avisándome estaban prontas las mulas. Inmediatamente me puse en pie, y gracias al Cielo salí curado radicalmente de Laura, y de la quiromancia. Conforme nos íbamos alejando de Granada iba mi espíritu recobrando su tranquilidad. Empezamos á hablar el ordinario y yo; contóme algunas graciosas historias que me hicieron reir, con lo que perdí insensiblemente mi temor: en Ubeda, á donde fuímos á hacer noche la primera jornada, dormi pacíficamente, y la quarta llegamos á Toledo. Mi primer cuidado fue informarme de la habitacion del Conde de Polan, y persuadido á que no consentiria que me alojase en otra parte que en su casa, fui allá; pero yo habia hecho la cuenta sin la huésped; no encontré en ella mas que el portero, quien me dixo que su amo habia salido la noche antecedente para la casa de Leiva, de donde se le habia enviado á decir que Serafina estaba peligrosamente enferma.

Como yo no habia contado con la ausencia del Conde se disminuyó el gusto que tenia de estar en Toledo, por cuya causa tomé otra determinacion. Viéndome tan cerca de Madrid

re-

resolví ir allá. Reflexioné que en la Corte podría hacer fortuna, pues segun he oido decir no es necesario en ella un genio superior para adelantarse. Por la mañana tomé un caballo de retorno que me llevó á esta Capital, en donde la fortuna me conducia para que hiciese papeles mas brillantes que los que hasta entonces habia representado.

CAPITULO XII.

Gil Blas se aloja en una posada, en donde hace conocimiento con el Capitan Chinchilla. Que clase de hombre era este Oficial, y que negocio le habia llevado á Madrid.

Luego que llegué á Madrid establecí mi habitacion en una posada, en donde entre otras personas vivia un Capitan viejo, que desde las extremidades de Castilla la nueva habia venido á la Corte para solicitar una pensión que creía tener bien merecida: se llamaba Don Anibal de Chinchilla; no sin espanto le ví la primera vez: era un hombre de sesenta años, de una estatura gigantesca, y extraordinariamente flaco. Tenia unos bigotes espesos que subian retorciéndose por los dos lados hasta las sienas; ademas de que le faltaba un brazo y una pier-
na